dedicarse á las conferencias con el general Santa-Anna y otros altos personages, y los cándidos que habian entrado de buena fe, miraron con dolor que siempre se trabaja en las revoluciones para el provecho de tres ó cuatro bribones, que especulan con tanta fragilidad sobre la venta de una manada de carneros, como sobre la sangre y la vida de cientos de ciudadanos. Afortunadamente no triunfó una revolucion que los hipócritas y malvados quisieron cubrir y santificar con medallas, escapularios y medidas, y darle un aspecto religioso, introduciendo en la República un nuevo y fatal elemento de division y discordia. Si en lo político merece alguna disculpa el pronunciamiento de los cuerpos de Guardia Nacional que obraban en propia defensa, los directores que convirtieron á una noble y honrada juventud en instrumento de la sórdida ambicion, merecen sin duda el anatema de todo mexicano patriota, juicioso y pensador.

Sea como fuere, la verdad nos obliga á decir aquí que al general Santa-Anna se le debió el término feliz de este alzamiento, y fué realmente el salvador de multitud de personas cuya muerte habria llenado de luto á la ciudad de México.

CAPITULO IX.

BATALLA DEL SACRAMENTO.

Adiestradas en la guerra, impulsadas y protegidas por los norte-americanos, las tribus salvages que habitan los desiertos de nuestros límites con los Estados-Unidos, ellas fueron, hace mucho tiempo, la vanguardia de esa invasion que ha penetrado hasta la capital de la República. Sembrando la discordia en medio de nuestra sociedad naciente, y sirviéndose de los bárbaros para devastar nuestras fronteras, los invasores preparaban el camino, que mas tarde debia conducirlos á nuestros palacios. Desde entónces Chihuahua, abandonada á sus propias fuerzas, en lucha constante y desastrosa con tan feroces enemigos, viendo desaparecer dia á dia millares de sus hijos, la riqueza de sus campos, y el comercio y la vida de sus poblaciones, ha resistido ese choque tenaz con que se ha sacudido nuestro edificio social para derribarlo. Débil, cansada, sin recursos, envuelta alguna vez en el torbellino de los disturbios civiles, su existencia era apenas sostenida por el esfuerzo de los buenos ciudadanos, que posponiéndolo todo al bien comun, ponian en ejercicio todas sus facultades para conseguirlo, cuando arrojada la careta con que se encubrian nuestros falaces enemigos, vimos sus ejércitos sobre nuestro territorio, diciéndose agredidos, y queriendo caracterizar de defensa su infame usurpacion.

Los nombres fatales de Palo-Alto, la Resaca, Monterey y Nuevo-México, se grabaron succesivamente en nuestra historia, y Chihuahua, viéndose próximamente amenazada por una espedicion americana que apareció por el Norte del Estado, alzó su voz, mas que nunca enérgica y dolorida, impetrando auxilios del gobierno de la federacion, no ya para salvarse á sí misma, sino para defender la independencia nacional. En vano la administracion de aquella época intentó protejerla, enviando mil fusiles, y disponiendo que el general Reyes con algunas fuerzas de Zacatecas y Durango marchase inmediatamente á organizar una defensa en aquella frontera: en vano se esperó la salvacion de tan oportuno auxilio; se frustraron estas providencias, y las esperanzas de los chihuahuenses quedaron burladas. En cambio, se nombró comandante general al Sr. Heredia, lo que fué entónces mal recibido generalmente.

Trias, que se hallaba al frente del gobierno, se decidió á hacer un esfuerzo, esperándolo todo del patriotismo de aquellos buenos ciudadanos. Sin artillería, sin armamento, sin gente disciplinada, y sobre todo, sin recursos, en aquella crísis en que al nuevo peligro se unia el constante de la guerra de los bárbaros, faltaban todos los elementos indispensables para organizar fuerzas aptas para presentarse desde luego en accion; pero la voluntad, la decision enérgica de luchar con todos los obstáculos para resistir al enemigo, fué bastante para intentar una defensa que al parecer era imposible.

Movido por esta resolucion, el Estado se puso en movimiento: se reglamentó un préstamo entre todos los habitantes: se estableció una fundicion de cañones: se recogieron cuantos restos de armas inutilizadas se encontraron, y se recompusieron hasta ponerlas en corriente: se proveyó de vestuario á las fuerzas de Guardia Nacional y permanentes que pudieron reunirse, y se les ejercitó en cuanto fué posible en el manejo de las armas: se hizo, en fin, una provision de toda clase de víveres para la campaña; y la juventud mas distinguida fué á agregarse á las filas de aquella pequeña division, compuesta en su mayor parte de artesanos y gente del campo.

Apenas habian comenzado á hacerse estos preparativos de guerra, cuando fué ya desde luego necesario disponer la salida de una seccion de quinientos hombres de todas armas al encuentro del enemigo.

En el Paso del Norte, á ciento y tantas leguas de Chihuahua, se incorporaron á esta fuerza algunos piquetes de las compañías presidiales, los vecinos armados que pertenecieron á los estinguidos escuadrones creados por el general D. Francisco García Conde, y setenta hombres de la compañía activa de la infantería del Distrito. Con este refuerzo la seccion quedó aumentada hasta componerse de cerca de mil doscientos hombres con cuatro piezas de artillería; y en cuanto á recursos, en el mismo Paso se le proporcionó dinero al coronel D. Gavino Cuilty que la mandaba, y los vecinos facilitaron sus caballos para que la caballería fuese lo mejor montada posible.

Tales eran los elementos de fuerza que habia en aquella poblacion para rechazar al invasor, cuando se recibió la noticia de que trescientos americanos se habian aproximado á Doña Ana, á veinticinco leguas del Paso. En estas circunstancias el coronel Cuilty manifestó, que hallándose atacado de una enfermedad, que, segun el cirujano de ejército D. Juan Duvos, era una fiebre cerebral, se veia precisado á retirarse á Chihuahua, lo que verificó inmediatamente en compañía del mismo cirujano, y del capitan, primer ayudante, D. Juan García, dejando el mando, que se disputaban entre sí el teniente coronel D. Luis Vidal y el comandante de escuadron D. Antonio Ponce, al primero de estos dos gefes.

Vidal, á la cabeza de aquella seccion, salió el 21 de Diciembre hasta la Presa, que dista una legua de la villa, donde hizo construir una fortificacion pasagera, y el 24 dispuso que Ponce avanzase para el camino de Nuevo-México con quinientos caballos, los setenta infantes de la compañía activa del Paso, y quince artilleros con un obus. Esta fuerza acampó por esa noche á cuatro leguas de distancia, y prosiguiendo su marcha el dia siguiente, descubrió por fin la vanguardia del enemigo en un ancon del Bravo, punto conocido con el nombre de Temascalitos, á ocho leguas del Paso.

Los americanos, cuya fuerza consistia en setecientos hombres sin ninguna pieza de artillería, habian acampado allí sin tomar precaucion alguna, lo que proporcionó á Ponce practicar un reconocimiento á su satisfaccion, sin ser sentido. Mandó en seguida, que nuestras fuerzas saliesen del camino, á fin de que no levantándose polvaredas, y siendo ménos perceptible el tropel de los caballos sobre el pasto, se lograse sorprender al enemigo.

Todo esto se consiguió. Los americanos, acampados en sus carros, no descubrieron la fuerza de Ponce sino hasta que ésta estuvo á su frente, á muy corta distancia. Corrieron entónces á las armas, y Ponce mandó formar en batalla, situando la infantería en el centro; en la ala izquierda, la compañía del Collame, los escuadrones auxiliares del Paso y una parte de la compañía de Chihuahua, y en la ala derecha un piquete del 2 de caballería, la compañía del Norte, la de San Elceario y el resto de la de Chihuahua, dejando el obus á rataguardia de la línea.

Una repugnancia invencible se esperimenta al tener que referir hechos tan vergonzosos como los que vamos á describir, producidos por una ineptitud de tal manera inesplicable, que al examinarlos instintivamente, va á buscarse su causa oculta en la fatalidad . . . . . .

Apenas nuestras fuerzas se han situado del modo referido, los americanos forman su batalla de tres filas: nuestra infantería rompe el fuego sobre ellos, avanzando terreno, y dispersándose en tiradores, por entre los cuales hace sus descargas el obus: la ala izquierda de nuestra caballería avanza tambien en formacion de batalla, conducida por el mismo Ponce, y la ala derecha se adelanta por hileras. El enemigo hace su fuego; primero por cuartas, por mitades y en seguida graneado; pero bien pronto la primer fila de su batalla se desordena, y huye hácia el bosque, donde los oficiales se esfuerzan por hacerla volver á la accion. Ponce manda entónces tocar á degüello, y aquel toque ¡circunstancia inaudita! bien ó mal ejecutado por el corneta, maliciosa ó equívocamente interpretado por la caballería, ¡es la señal de retirada! . . . . . La ala izquierda da media vuelta, y la derecha contramarcha, y de este modo se retira en el mejor órden, en tanto que la infantería continúa batiéndose con el enemigo, que ha vuelto á ordenarse. Ponce se muestra herido; llama al capellan en su auxilio: por tres veces manda tocar retirada á la infantería, que obedece á la última; y dejando el mando al capitan Carabajal, se retira del campo. Carabajal manda tocar dispersion, la caballería obedece; pero sin embargo, al cuarto de legua se reune, y continúa en órden su retirada. El obus queda abandonado, salvándose tan solo el parque, y el enemigo victorioso. Así por tan inesperados medios, la Providencia descargó sobre nosotros este nuevo golpe; pero como en todas ocasiones, dejó para siempre marcados los responsables de nuestras desgracias.

La infantería sola, despues de haberse batido en retirada, acampó esa noche á la vista del enemigo, en tanto que Carabajal, unido ya á Ponce, á quien alcanzó en el camino, llegó con la caballería en buen órden á la Presa, donde Vidal impuesto de lo que habia pasado, dispuso retirarse para el Paso con toda aquella fuerza, que realmente no habia sufrido el menor descalabro. Y sin pérdida de momento, creyéndose perseguido, amenazado de un peligro espantoso, sin levantar siquiera el parque necesario para las piezas, salió inmediatamente de la poblacion, y se dirigió á marchas dobles á Chihuahua con todas las tropas que mandaba, á escepcion de la del Paso que se disolvieron entónces. Los americanos, entre tanto se fortificaban en el mismo sitio en que habian sido atacados, y se ocupaban tanto de la seguridad de sus personas, que habian descuidado absolutamente su caballada, la que fué recogida por unos rancheros que la encontraron dispersa en el campo. Pero para colmo de nuestra desgracia, su infundado terror se convirtió en regocijo triunfal, cuando al dia siguiente de la accion se les presentó una comision del ayuntamiento del Paso, que salió á pedir garantías para la poblacion, infamemente abandonada.

Ese mismo dia, el 26 de Diciembre, se enarboló en la plaza de la villa el odiado pabellon americano. Este triste suceso fué el último notable del funesto año de 846.

Apareció el de 47, que pasando como un instante, nos ha dejado un siglo de recuerdos. Los americanos, dueños ya de nuestras fronteras, se internaban en el pais por varias direcciones: su escuadra amenazaba á Veracruz, y entretanto en la capital se daba al mundo un espectáculo escandaloso. En los últimos dias de Febrero y principios de Marzo tronaba el cañon enemigo, á un tiempo, en el Sacramento, en la Angostura y Veracruz, y en México se recibian estas noticias en medio del estruendo de un combate fratricida.

Los chihuahuenses redoblaron sus esfuerzos, despues de la pérdida del Paso, para impedir que el enemigo se apoderase de su capital, y la ilusion de su entusiasmo les hacia esperar no solo un buen éxito en la defensa, sino el lanzamiento de los invasores fuera del

Estado y la eficacia de sus auxilios al Nuevo-México, en donde se deseaba vivamente el apoyo de alguna fuerza armada para levantarse contra los opresores.

El coronel Doniphan, comandante de la espedicion americana, hacia entretanto sus preparativos en el Paso para avanzar sobre Chihuahua, y por fin emprendió su marcha, llevando consigo varios prisioneros que habia hecho en aquella poblacion; individuos todos que se habian distinguido por su odio al invasor.

El general Heredia, de acuerdo con Trias, eligió el punto del Sacramento, á siete leguas de Chihuahua en el camino de Nuevo-México, para hacer algunas fortificaciones, y resistir en ellas al enemigo, si ántes de que llegase á aquel sitio no se habia logrado batirlo á campo raso. Dispuso tambien que el general D. Pedro García Conde, que habia llegado en aquellos dias á la capital del Estado, y habiéndose presentado á prestar sus servicios, habia sido nombrado comandante de la caballería, saliese con 700 caballos al encuentro del enemigo para observar sus movimientos, y hostilizarlo en lo posible sin comprometer accion decisiva. En seguida, el 21 de Febrero, salió el mismo general Heredia con Trias, conduciendo el resto de las fuerzas disponibles, que se componian de 70 hombres del 7.º de infantería, 250 del batallon activo de Chihuahua, 180 de la Guardia Nacional, 50 del 2.º escuadron de Durango, agregados á la infantería por falta de caballos; diez piezas de artillería de á cuatro, seis y ocho, con ciento diez y nueve artilleros, y 106 caballos del mismo escuadron de Durango.

El general García Conde avanzó hasta la hacienda de Encinillas, á 22 leguas de Chihuahua, y habiendo sabido allí que el enemigo se habia posesionado ya del aguage del Gallego, lo participó al general en gefe, y retrocedido á la hacienda del Sauz, con el objeto, segun él mismo ha dicho, de poder incorporarse oportunamente al grueso de la division, en el caso de que los americanos se dirigiesen por Aguanueva á Tabalopan.

El general Heredia, adelantándose de la division con Trias, llegó á la misma hacienda del Sauz, donde encontró la caballería á tiempo que se recibia allí la noticia de que los americanos avanzaban directamente sobre aquel punto, y entónces previno al general García

Conde, tan luego como se aproximasen, se replegara él con su fuerza al Sacramento.

Allí acampaba la noche del 27 de Febrero la division, que ya reunida, ascendia á cerca de 2,000 hombres, bajo las órdenes del general Heredia. El gobernador Trias, segundo en gefe; el general García Conde, comandante de la caballería; el coronel Justiniani, mayor general de la division, eran los gefes principales, y entre la oficialidad se encontraba lo mas florido de la juventud chihuahuense, ardiendo en entusiasmo generoso.

Era una division corta en verdad, pero perfectamente armada, provista de toda clase de víveres para una campaña de algunos meses por el desierto, pagado hasta el último soldado, y con fondos en caja para lo sucesivo, vestida toda la tropa de una manera cómoda y decente, y surtida de abundante parque y toda clase de municiones de guerra. Los buenos chihuahuenses veian con orgullo aquel resultado de sus trabajos, y reconocian en cada pieza de artillería, en cada fusil, en cada objeto que se presentaba á su vista, el fruto de sus afanes personales. Nada existia tres meses ántes: todo era creado por ellos; todo era nuevo; todo era flamante. Y se llenaban de satisfaccion al notar el entusiasmo vírgen de aquellas tropas, cuya fe, cuyo abandono en el porvenir, se manifestaba en la alegría de sus semblantes, en el júbilo que reinaba en sus reuniones, y en la ciega adhesion que mostraban á sus superiores. No era el solo prestigio del mando el que tenian los gefes y oficiales; era su popularidad, su franqueza y ese influjo de familia, por decirlo así, que ejercen las personas notables en una pequeña sociedad.

Al dia siguiente debia presentarse el enemigo, segun las noticias que se tenian de su aproximacion, y aquella noche fué de fiesta en el campamento. En cada tienda de campaña, en cada grupo de amigos reunidos, se brindaba alegremente por la libertad del pais, entregándose los jóvenes al delirio de sus ilusiones de triunfo, y pensando mas bien en su espedicion á Nuevo-México, para auxiliar á sus hermanos y sacudir el yugo americano, que en aquel encuentro, que juzgaban ménos importante de lo que era en sí.

El campo del Sacramento está limitado al Este y al Oeste por dos cordilleras de montañas, distantes entre sí cerca de dos leguas y me-

dia, por entre las cuales corre el camino desde Chihuahua hasta Encinillas. De la cordillera occidental sobresalen como una legua algunos cerros, á cuya falda se halla situado el rancho del Sacramento, y de la opuesta sobresale tambien, mas al Norte que aquellas, otra eminencia poco distante del camino. Sobre las mas próximas entre sí de estas alturas, estaban apoyados los estremos de la línea de fortificacion, que formando una especie de martillo, cortaba el camino, y cerraba todo paso á las fuerzas americanas, las que habiendo salido de Encinillas, no tenian ya mas que aquel tránsito para sus carros y trenes entre ámbas cordilleras. Al pié de la línea de fortificacion que cortaba el camino, habia una especie de escalon de muy difícil acceso, que hacia mas ventajosa la posicion; y un suave ascenso comenzaba de allí para el rumbo del Norte hasta el alto de la loma, por donde se esperaba al enemigo.

Este se presentó en efecto por aquella altura entre dos y tres de la tarde del dia 28, marchando directamente sobre nuestras posiciones con toda su fuerza, que pasaba de mas de 1,300 hombres. Su vanguardia la formaba la caballería, el centro la infantería y artillería, y la retaguardia, mas de 300 carros con su guardia respectiva, entre la cual venian los prisioneros hechos en el Paso. Nuestra caballería, organizada en tres columnas, estaba formada entónces bajo el escalon de cuyo pié comenzaba á elevarse la suave pendiente, por la cual descendian los americanos, posicion en la cual hubiera sido destrozada por la artillería enemiga; y nuestra infantería, organizada tambien en tres columnas, guarnecia los reductos de la línea de fortificacion, que cortaba el camino, los cuales estaban artillados con las piezas correspondientes.

A tiro de cañon de las posiciones descritas hizo alto el enemigo; y entónces el general Heredia dispuso que nuestra caballería subiese á situarse sobre el camino á retaguardia de la infantería. Se esperaba que los americanos emprendiesen desde luego el ataque de frente; pero en vez de esto, despues de algun tiempo de suspension de todo movimiento, durante el cual deliberaron y resolvieron su plan, se dirigieron hácia su derecha con la mayor velocidad, siguiendo el rumbo de la hacienda del Torreon.

Por inspiracion propia, ó por indicaciones del general García Con-

de, nuestro general en gefe dió la órden para que la caballería saliese á impedir aquel movimiento, lo cual se efectuó marchando ésta, casi paralelamente al enemigo hasta rebasar su vanguardia. El mismo general Heredia salió en seguida de sus posiciones con la infantería y artillería para ir á establecer su línea de batalla sobre la derecha de la caballería, frente al enemigo. Este, habiendo hecho alto, habia tambien formado su batalla, cubriendo sus piezas con su caballería, y cuando estuvo preparado, las descubrió rápidamente y rompió el fuego sobre nuestras fuerzas.

Las primeras descargas de sus baterías produjeron el efecto que era consiguiente. Nuestra caballería, compuesta en su mayor parte de soldados que jamas habian escuchado el estruendo de un cañon, situada sin emprender maniobra alguna, bajo aquellos fuegos que hacian bastante estrago, no supo resistir por mucho tiempo, sin dejar notar en las ondulaciones de su línea de batalla, el anuncio del desórden, que en vano algunos gefes y oficiales trataron de evitar. En vano tambien nuestra artillería rompió sus fuegos sobre el enemigo: bien pronto la caballería perdió enteramente su formacion, y dispersándose una gran parte de ella, envolvió en el desórden á la infantería, en cuya fuerza concurrian las mismas circunstancias.

Esto influyó de una manera decisiva en el éxito de la accion. El entusiasmo de aquella tropa, espuesto á una prueba aventurada, sufrió un terrible golpe con aquel desconcierto y aquella confusion, que les revelaba impotencia y desgracia. Los esfuerzos inútiles de los gefes y de la oficialidad por restablecer la línea de batalla, demostraban la perdida fe del soldado.

Suspensos en aquellos momentos los fuegos por una y otra parte, el general Heredia dió la órden de replegarse á los atrincheramientos, y esta retirada se verificó levantando del campo los muertos y heridos, una pieza de artillería que nos habian desmontado, y cuanto habia sobre la posicion perdida.

El enemigo avanzaba entretanto sobre los reductos mas próximos al cerro del Sacramento, guarnecidos de nuevo por nuestra infantería, y artillados con sus correspondientes piezas. Nuestra caballería formaba entónces á retaguardia de las fortificaciones.

Antes de que los americanos emprendiesen de nuevo el ataque, el

general Heredia dispuso que el comandante de la artillería D. Matías Conde, subiese al mismo cerro del Sacramento con dos piezas, á fin de que éstas cruzasen sus fuegos con las de las del reducto mas próximo de abajo. Esta órden acaso fué estensiva para todas las demas piezas, ó bien fué interpretada con torpeza ó con malicia: ella dió por resultado el que no quedase una sola pieza en su respectivo punto, sino que todas fueran sacadas de batería atropelladamente, y puestas en marcha en el mayor desórden hácia el cerro. Hácia allá tambien se habia dirigido el general en gefe, á contener, segun ha dicho despues, á la infantería que marchaba en confusion por aquel mismo rumbo, y hacerla volver á los reductos, así como las piezas que debian artillarlos.

El desórden habia llegado á su último grado. La tropa se dispersaba en todas direcciones: las piezas, á escepcion de las dos que subió el comandante de artillería, ni volvian á los reductos, ni llegaban al cerro: la órden de retirada de aquellas procedia, segun unos, del mayor general; segun otros, del general Heredia, y este gefe se hallaba ya sobre el cerro, desde donde no era fácil que evitase tanta confusion.

El general García Conde habia quedado con la caballería á retaguardia de las fortificaciones, apoyando su izquierda sobre el primer reducto mas próximo al cerro. El gobernador Trias con sus ayudantes, despues de haberse fatigado en la reunion de los dispersos, consiguió que una parte del 7.° de infantería, conducida por D. Pedro Horcacitas, jóven oficial de Guardia Nacional, y los oficiales permanentes Rosales y Quintana, con algunos soldados desmontados del escuadron de Durango y algunos otros dispersos, guarneciesen el mencionado reducto en los momentos en que el enemigo atacaba este punto con una columna, cuya vanguardia de caballería venia mandada por el coronel Oinz.

Aquel puñado de infantes resiste denodadamente á los americanos, cruzando sus fuegos con los de las piezas del cerro. El valiente capitan Rosales y el subteniente Quintana perecen allí estimulando el valor de la tropa. Oinz carga con una audacia estraordinaria sobre el reducto; y casi al pie de los parapetos, cae atravesado de balas. Sus dragones, al verlo caer, se detienen, vacilan, huyen por fin, y en-

vuelven en su fuga á algunos de los artilleros de la dotacion de dos piezas que venian á su retaguardia. Nuestra tropa se anima: las piezas han quedado solas. Trias con varios oficiales y parte de la caballería emprende una carga para apoderarse de ellas, partiendo de la parte de la izquierda del reducto. El general García Conde emprende tambien por la derecha el mismo movimiento, y ordena á su segundo cargue con otra parte de la caballería por el flanco izquierdo. . . . . Las piezas iban á ser ya presa de los nuestros. . . . . ¡Pero ni la mas leve ventaja debia sernos concedida en tan funesto dia! Algunos artilleros americanos se apoderan de uno de los cañones; lo disparan á metralla sobre nuestra caballería á muy corta distancia; y el desórden y la confusion vuelven á introducirse en ella, á la vez que el enemigo se rehace y carga de nuevo decididamente hasta apoderarse del reducto, y quedar en posesion de todo el campo.

Las piezas del cerro, donde estaba el general Heredia, quedaron tambien abandonadas, perdida ya toda la posicion, y dispersa ó prisionera toda nuestra fuerza.

Nuestros heridos, lo mismo que nuestros muertos, á escepcion del capitan Rosales (cuyo cadáver fué conducido en hombros hasta Chihuahua por un granadero de su batallon), quedaron sobre el campo, igualmente que los víveres, el dinero y casi todo el parque, del que solo pudieron sacarse unas cargas por entre la sierra.

Trias se retiró tambien por el camino de Chihuahua, perdida ya toda esperanza, en compañía del general García Conde, dejando tras de sí solo á los desgraciados que quedaron en poder del enemigo. Moria entónces la última luz de aquel dia, cuyo Sol, al nacer, habia alumbrado tantas esperanzas.

La noche fué espantosa para todos los chihuahuenses. En la ciudad, donde ciegamente alucinados con las esperanzas de la victoria, se preparaban con entusiasmo para la fiesta triunfal, se habia escuchado el cañoneo de la tarde con la mas viva inquietud; y cuando se tuvo noticia del desastre ocurrido, el terror mas grande se difundió por la poblacion; y muchísimas familias, improvisadamente, sin preparativo alguno, se lanzaron á los caminos, espuestas á ser despedazadas por los salvajes. En diversos puntos de los alrededores, diseminados los gefes y oficiales que habian concurrido á la accion, trataban de

evitarse los unos á los otros, buscando un abrigo en la soledad. En el campo, nuestros heridos, tendidos junto á los cadáveres de sus compañeros, sufriendo el frio mas horroroso, gemian abandonados y llenos de desesperacion. Allí mismo los desgraciados prisioneros del Paso, que durante la accion habian estado bajo los fuegos de sus propios hermanos, con una guardia que les tenia la bayoneta al pecho para evitarles cualquier movimiento, sufrian tambien la hambre mas horrible, y condolidos con el espectáculo de sus compatriotas heridos y moribundos, se ocupaban en solicitar de los gefes enemigos algunos bendages y otros auxilios para que nuestro cirujano de ejército D. Joaquin Arellano, que bajo la garantía de su carácter habia quedado en el campo, proporcionase algun alivio á los dolores de aquellos infelices.

Tal era el triste cuadro que presentaban los infortunados chihuahuenses la noche del 28 de Febrero de 1847, sobre los mismos lugares donde la de la víspera habian brindado alegremente por la independencia y la libertad.

Al dia siguiente ocuparon la capital las fuerzas invasoras, y el gobierno del Estado fué á establecerse en el Parral, ciudad la mas próxima á la frontera de Durango.

¡Cómo al ver perderse en un instante malhadado el fruto de los mas grandes esfuerzos del patriotismo de un pueblo generoso; cómo al describir tan dolorosos sucesos, no lanzar un anatema de abominacion sobre los responsables de tanto infortunio!

CAPITULO X.

VERACRUZ.

Ricos y abundantes los Estados-Unidos en medios de trasporte, y no teniendo que luchar, como la República mexicana, con obstáculos casi insuperables para mover sus ejércitos del uno al otro estremo del territorio, era natural que aprovechasen esta circunstancia. El general Taylor habia avanzado con un buen éxito increible hasta muy al interior de la República; pero dejaba á su espalda un terreno inmenso que nó estaba suficientemente seguro, y tenia aun que vencer varias ciudades populosas para llegar á la capital. El ejército mexicano marchaba, sediento de venganza, en su contra, y todas las fuerzas de la República parecian aglomerarse sobre él. En estas circunstancias una espedicion por el rumbo opuesto al que ocupaba el general Taylor, debia dividir la atencion de nuestros gobernantes y de nuestros guerreros, y daba al mismo tiempo á los Estados-Unidos la posibilidad de apoderarse tal vez de varias de nuestras provincias, ó de debilitar cuando ménos nuestros medios de accion y de defensa, con lo cual se inclinaria mas y mas la balanza á su favor.—Así, la toma de Veracruz era el importante objeto que se debia proponer el gobierno de los Estados-Unidos, para alcanzar el fin de la guerra. Por otra parte, la ocupacion de esta plaza acercaba de un solo golpe al